

El Brujo
de los
Dientes

Miki Monticelli

Primera edición: febrero de 2012

Diseño: Gioia Giunchi
Realización de la portada: Book&Look
Maquetación: Marquès, SL

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Título original italiano: *Lo Stregone dei Venti*
Texto de Miki Monticelli
Ilustraciones de Linda Cavallini

Todos los nombres y personajes de este libro, propiedad de Edizioni Piemme S.p.A., están bajo licencia de Atlantyca S.p.A. en su edición original. La traducción y/o adaptación son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

© 2010 Edizioni Piemme SpA, Via Tiziano 32 (Milán-Italia)

© 2012 Elena Martínez

© 2012 La Galera SAU Editorial, de la edición en lengua castellana
Derechos internacionales © Atlantyca SpA, Via Leopardi 8 (Milán-Italia).
foreignrights@atlantyca.it

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95. 08019 — Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 17
08205-Sabadell

Dipòsit Legal: B-945-2012
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-3847-4

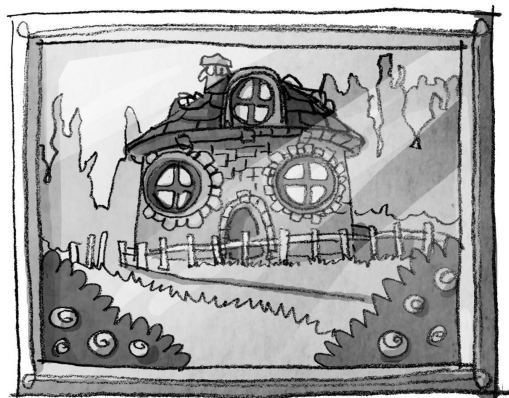
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Miki Monticelli

El Brujo de los Vientos

Ilustraciones de
Linda Cavallini

Traducción del italiano de Elena Martínez



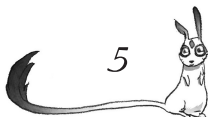
laGalera





*Donde se habla de una horrenda anciana,
de sus maldades, y se conoce a una niña
de curioso nombre*

Cuando murió la anciana de la habitación veintisiete, la señora Pasta no dijo ni una palabra; fue directa al cuarto de enfermeras, se sentó y no pudo evitar un suspiro de alivio. Luego, dado que era una mujer de conciencia, se avergonzó de ello. Así que volvió a levantarse y se puso a preparar un café muy cargado, pensando que le despejaría la mente. Quizá no era propio de una buena enfermera alegrarse cuando alguien moría, pero hay que decir que, aunque durante sus largos años de trabajo en la Casa de Reposo de la calle de Cembali 21, Agnes Pasta había visto de todo, nadie, ni siquiera el peor huésped de toda su carrera que pudiera recordar, había superado a la «señora gris».



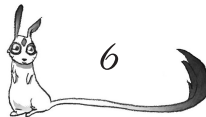


El Brujo de los Vientos

Así llamaban todos a aquella horrenda vieja encorvada y desdentada, vestida siempre de gris, que gritaba y amenazaba a todo el mundo, con aquellos ojos negros que parecían escarabajos, penetrantes como agujas, el fino cabello amarillento en perenne desorden y los dedos nudosos que siempre estaban señalando a alguien. Agnes pensaba que, si alguna vez en su vida había conocido a una bruja, pues bien, esa solo podía ser ella.

Desde el primer instante en que la vio, no le había gustado, por lo que no se sorprendió cuando, primero Florinda, luego Marta y después también Giovanna y Laura se habían negado a seguir ocupándose de ella. Por eso, el día en que el director se dirigió a ella, le prometió una gratificación especial si se encargaba de cuidar a la rica huésped de la habitación veintisiete. ¡Rica huésped! Debería haber dicho pérfida, insoportable, desagradable e ingrata rica huésped. Desde luego, Agnes no había aceptado a la ligera, pero la gratificación le iba muy bien para pagar la universidad de sus dos hijos y, caramba, al fin y al cabo no era más que una vieja señora amargada. De manera que pensó que podía arreglárselas para soportarla. Pero enseguida se dio cuenta del error que había cometido.

Ninguna gratificación sería suficiente con ella; pero



Capítulo uno

ya no podía dar marcha atrás. Toleró, apretando bien los dientes y, durante siete largos años, tres meses y veintidós días, aguantó insultos y gritos furiosos de la vieja tirana, su prepotencia, las amenazas y los objetos que le tiraba a la cabeza.

Agnes incluso había llegado a pensar que por su culpa el pelo se le había puesto blanco tan pronto.

Intentó hacer de todo con ella, pero al final dejó de probar. No quería salir nunca de su habitación ni tomar ninguna medicina; cuando le mezcló las pastillas para el resfriado con las patatas cocidas, la vieja se enfadó tanto que echaba fuego por los ojos. Mucho menos le gustaban los otros huéspedes, y nadie se atrevía a acercarse a ella, excepto Agnes. Lo único que podía hacer era soportarla, limpiar lo que tiraba, recoger lo que rompía, ignorar los horribles insultos que lanzaba y esperar que errara el tiro cuando le arrojaba algo. Aunque no era, ni mucho menos, su primer huésped difícil, a veces Agnes Pasta se había encontrado a sí misma encerrada en el baño, llorando a mares por cómo la trataba.

No era sorprendente que nadie hubiera ido nunca a visitarla.

Sin embargo, mientras esperaba a que la cafetera empezara a borbotar, Agnes se acordó de que una vez





El Brujo de los Vientos

sí la había visitado alguien. Le volvieron a la mente el hombre de expresión melancólica y la niña de seis o siete años de cara larga y afilada y audaces ojos oscuros. Quienesquiera que fueran, la anciana les había tratado de la forma habitual: les había echado con feas palabras y no se les había vuelto a ver. Ahora les habrían notificado la muerte de la señora gris, y a Agnes le vino a la cabeza que quizá también ellos habrían suspirado de alivio. Nada más pensarlo, no pudo evitar avergonzarse de nuevo.

El ruido de la cafetera la sacó bruscamente de sus reflexiones; la enfermera apagó el hornillo y se sirvió una taza de café, que estuvo a punto de caérsele un par de veces.

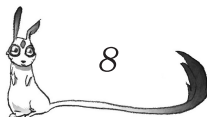
—Pobre de mí —se dijo mientras se miraba las manos que le temblaban—, ya no soy la que era... Pensar esas cosas de una pobre anciana sola...

—Yo no me referiría a esa como una pobre anciana sola —intervino la voz alegre de Giulietta, una de las enfermeras más jóvenes.

Agnes ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado alguien y levantó la mirada un poco aturdida.

—¿Quieres un café? —le propuso distraída.

—Ya lo cojo yo, tú siéntate tranquila. Apuesto a



Capítulo uno

que estás impresionada, y por esa bruja insoportable no vale la pena. ¿Recuerdas cuando te dislocó la muñeca al tirarte la bandeja con la comida?

—La sopa estaba sosa —asintió Agnes parpadeando.

—Oh, claro, una óptima excusa. ¿Y cuando te dio una bofetada?

—Aquella vez había movido ese ridículo cuadro suyo para limpiarle el polvo.

—¿Y la vez que te tiró por encima el té hirviendo? —exclamó Giulietta perdiendo la paciencia.

—Bueno, dijo que sabía a pipí de caballo —respondió Agnes—. Supongo que habría bebido mucho para afirmarlo con tanta seguridad —reflexionó luego en voz alta.

La joven enfermera se echó a reír. Agnes la miró fijamente con los ojos abiertos de par en par y tuvo que reconocer que quizá estaba de verdad impresionada. No había hablado nunca de esa manera de un muerto y, aunque era verdad que era una anciana señora sola, también era verdad que nunca tuvo ningún escrúpulo a la hora de tratarla peor que a un felpudo durante siete largos años; nunca un «buenos días», y ni en sueños un «gracias». Incluso el silencio más obstinado habría sido mejor que los insultos. Las últimas palabras que le había dirigido no habían sido





El Brujo de los Vientos

precisamente lisonjeras, y así Agnes decidió que, después de todo lo que le había hecho pasar, no tenía sentido compadecerla. Con un suspiro, la señora Pasta se preguntó qué haría ahora.

Naturalmente estaba el trabajo en la Casa de Reposo y, quizá, le parecería mucho más sencillo después de aquella horrenda vieja escorbútica; pero por el momento le parecía solo extrañamente vacío. Tomó un sorbo de café ardiendo sin ni siquiera darse cuenta y frunció el ceño.

—¿Sabes si van a avisar a alguien? —preguntó a Giulietta.

La joven se encogió de hombros.

—He oído que el director hablaba de ello con Lidia, pero no lo he entendido bien. Creo que ya no le quedaba nadie.

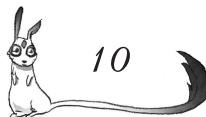
Agnes la miró como desde un lugar muy lejano.

—Pues yo me acuerdo de un hombre con los ojos tristes y una extraña niña silenciosa.

—Quizá te confundas con alguien.

—Oh, no, no me confundo —exclamó ella. Y acabó su café con un sorbo pensativo.

Un día después, Agnes recibió la orden de poner todas las cosas de la señora de la habitación veintisiete en unas cajas, que le enviarían a la única pariente que



Capítulo uno

tenía, y preparar la habitación para el nuevo huésped que llegaría al día siguiente. Ella no pudo evitar preguntar quién era la pariente en cuestión.

Lidia miró a su alrededor y, al ver que no había nadie en el pasillo, pensó que podía entretenerse un poco con una inocente charla.

—Se trata de una sobrina lejana. Una vez vino a verla con su padre. Una criatura feúcha e insignificante; quizá tú no la viste, pero yo me acuerdo muy bien de ella...

—Ah, sí, claro que la recuerdo, perfectamente —objetó Agnes.

Se acordaba de haberse despedido de ella y de recibir una sonrisa desganada, pero sus pensamientos fueron arrollados por el torrente de palabras de la responsable de la Casa de Reposo.

—¡Ay, qué desgraciada niña!

—¿Por qué? —preguntó Agnes abriendo los ojos de par en par.

—Por lo que yo sé, su madre era una modelo famosa que hacía la publicidad de unos cosméticos... Una mujer guapísima de verdad que murió cuando la niña era pequeña. Unos años más tarde, su padre volvió a casarse con una abogada de éxito y, poco después, ¡zas!, también él, seco. En un accidente de coche. ¿Y



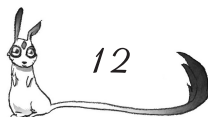


El Brujo de los Vientos

qué hizo la madrastra? Pues parece que no se lo pensó dos veces y mandó a la niña a un internado. ¡Dime si no es una criatura desgraciada, esa pobre! Algunas personas no deberían tener la responsabilidad de los hijos, si no quieren saber nada de ellos... Bueno, en definitiva, es la única pariente de la vieja bruja, y espero que por lo menos a ella le sirva todo su dinero. Pensar que su madre era tan encantadora... ¿Te acuerdas de aquel lápiz de labios... cómo se llamaba... *Seduisante*? Era ella la que lo anunciaba... ¿Éramos más jóvenes entonces, verdad? —se rio a carcajadas—. Bueno, déjame decirte: por lo que yo vi, nadie hará de esa niña una modelo de cosméticos...

Después de aquella conversación, Agnes no pudo evitar sentirse un poco preocupada por aquella muchachita y, mientras se dirigía a preparar la habitación, volvió a pensar en cómo la recordaba. Más que fea, a ella le había parecido rígida y con el ceño fruncido; se acordaba de que notó que tenía la cara alargada y delgada de su padre y le había parecido un poco inquietante, con aquellos ojos que parecían penetrar hasta el fondo de las cosas en vez de limitarse a observarlas.

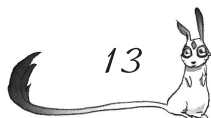
Mientras metía en la caja los pocos objetos de la vieja tirana, Agnes Pasta se preguntaba qué podría



Capítulo uno

hacer una muchachita de trece años con aquel viejo cuadro de pésimo estilo que representaba una casa de pan de jengibre en un bosquecillo de abedules. En cualquier caso, se dijo, estaba demasiado cansada para preocuparse por eso; embaló el cuadro, la pequeña bombilla de cristal rojo que le había parecido siempre una luz de cementerio, los utensilios de costura y los cortes de tela de una especie de colcha *patchwork*; lo colocó todo en la caja y la cerró con cinta adhesiva. Luego la llevó a las oficinas de la planta inferior, donde se ocuparían de hacérsela llegar.

En los días sucesivos, la caja, pasando de mano en mano, fue sacudida, empujada, golpeada y aplastada entre otras mil cajas, hasta que un mensajero somnoliento la llevó una mañana lluviosa al Benemérito Internado Femenino de Villa Roviliosi. Allí, a través de los históricos pasillos, llegó al despacho de la directora, Dolores Aginolfi Lanzetti, la cual leyó atentamente la carta que la acompañaba y esperó a que terminaran las clases para entregársela a su destinataria legítima, la única pariente viva de la vieja señora Biancarosa Gremalli, que había fallecido en la habitación veintisiete de la Casa de Reposo de la calle de Cembali unos días antes dejando a la muchachita una cuantiosa herencia.





El Brujo de los Vientos

Cuando llamaron a la puerta, la directora Aginolfi Lanzetti, sin ni siquiera levantar la mirada de su correspondencia, dijo:

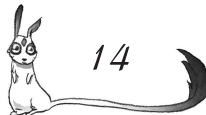
—Adelante.

La niña a la que había llamado la saludó con rigidez y se quedó de pie en medio del despacho, lleno de adornos de porcelana y estucos dorados, con una expresión catastrófica en su cara. La directora frunció los labios en un gesto de desaprobación. Habría sido una sosa adolescente cualquiera, hasta el punto de pasar totalmente desapercibida para cualquiera, si no hubiera tenido en su expediente una larga lista de notas y recriminaciones por parte de casi todas sus profesoras y responsables de planta. Y a la directora Dolores Aginolfi Lanzetti no le habían gustado nunca las chicas díscolas. Con el uniforme blanco y verde, además, la piel de la niña adquiría un color amarillento que la hacía parecer enferma.

En vista de que la niña permanecía en silencio, con los labios apretados en una delgada línea, la directora se enderezó en su silla y dijo:

—Esta mañana ha llegado un paquete para ti.

La niña dirigió sus ojos hacia la deteriorada caja colocada sobre la mesa de la directora y respondió con tono neutro:



Capítulo uno

—No esperaba nada.

—Llega de la Casa de Reposo donde vivía tu difunta tía. Estos son sus efectos personales. Han decidido enviártelos a ti, y esta es una carta del notario que se ocupó de las últimas voluntades de tu pariente; debes leerla con mucha atención. Por supuesto, yo, como representante del internado, también he sido informada de su contenido, lo mismo que tu madrastra.

La niña cogió la carta que le entregaba y no dijo nada. Su silencio le pareció muy poco cortés a la directora Aginolfi Lanzetti, pero decidió no regañarla.

—Está bien. Si no tienes nada que decirme, puedes marcharte —añadió con gran satisfacción.

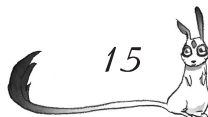
La niña cogió el paquete con cautela, lo levantó y dijo mientras caminaba hacia la puerta:

—Que tenga un buen día.

—¡Ah, Cassandra! —volvió a llamarla la directora Aginolfi Lanzetti.

—¿Sí, señora directora?

—Sea lo que sea lo que contenga ese paquete, recuerda que aquí no se admiten animales de ninguna clase, ni siquiera peces o tortugas, aunque dudo mucho que ahí adentro haya nada de eso, y que siguen en pie las reglas que ya conoces.





El Brujo de los Vientos

—Por supuesto, señora directora —respondió la niña conteniendo un suspiro.

—Y no me gustaría nada saber por las otras profesoras que distraes a tus compañeras de los estudios y de las actividades de ocio con las tonterías, sean las que sean, que contiene esa caja. Espero que me hayas entendido —añadió la directora con tono cortante.

—Sí, señora directora —respondió la niña con voz apagada.

—Muy bien. Ya puedes irte.

—Buenos días otra vez —dijo la niña, y salió rígidamente de la habitación.

En cuanto hubo cerrado la puerta a sus espaldas, Cassandra se apoyó en ella y soltó un suspiro extenuado mientras echaba una ojeada a la caja. Bajo un adhesivo transparente que llevaba el sello de la mensajería y varias firmas, estaba escrito: *Para entregar a la señorita Cassandra Rossi, en el Benemérito Internado Femenino de Villa Rovirosi, calle de Villa Rovirosi, 372.*

Cassandra levantó las cejas y tuvo que reconocer que el paquete estaba de verdad dirigido a ella, lo mismo que la carta con membrete escrito con letras onduladas que enviaba un tal notario Bonaiuti.

Pocos días antes, cuando la informaron de la muerte de su tía, todos habían esperado que estuviera triste



Capítulo uno

y que rompiera a llorar desesperadamente, pero ella apenas la recordaba y lo que rememoraba de la única vez que la había visto no era desde luego algo que la invitara a disgustarse demasiado por su pérdida.

Cassandra se alejó por el pasillo lleno de gente y llegó a su habitación. Afortunadamente, estaba vacía; seguro que sus compañeras estaban en la sala de recreo, ocupadas estudiando para el examen de matemáticas o planeando otro fantástico modo de volverla loca.

Apoyó la carta en el escritorio y dejó el paquete en la cama mirándolo con una extraña expresión. Conociendo a la vieja tía de su padre, probablemente dentro habría una serpiente de cascabel, pensó mientras buscaba algo con que abrirlo. Acarició la idea de usarlo para asustar a las chicas y tener al fin un poco de paz; desde que había llegado al internado, aquellas brujas insoportables no habían dejado de pincharla y de hacerle estúpidas bromas malvadas. Pero, por desgracia, Cassandra no encontró nada útil dentro de la caja, y mucho menos una serpiente de cascabel. Había una especie de vieja bombilla roja, unos retales de tela, agujas, hilos y una tablita de madera pintada que nadie con un mínimo de buen gusto se habría atrevido jamás a llamarla cuadro.





El Brujo de los Vientos

—Vaya, esta sí que es una herencia. ¡Mi tía me ha dejado nada menos que su casita de pan de jengibre!
—murmuró la niña con una sonrisa sarcástica.

Sacudió la cabeza, volvió a guardarlo todo en la caja y la metió de una patada debajo de la cama.

